

LIBROS

Octavio Paz
ANTOLOGÍA CAPRICHOSA. ALGUNOS POETAS
FRANCESES DEL SIGLO XX

Miguel León-Portilla
SOY MI MEMORIA

Emmanuel Carrère
KOLJÓS

Renata Salecl
MALEDUCADOS

Edgar Morin
LECCIONES DE
LA HISTORIA. ¿PODEMOS
APRENDER DE NUESTRO
PASADO?

Ciro Murayama
EL FUTURO QUE SE ESCAPA. NEOLIBERALISMO Y POPULISMO
EN EL MÉXICO DEL SIGLO XXI

ANTOLOGÍA

Parecerse a lo que amamos

por **Malva Flores**



Octavio Paz
ANTOLOGÍA CAPRICHOSA.
ALGUNOS POETAS
FRANCESES DEL SIGLO XX
Edición de Fabienne Bradu y
Guillermo Sheridan
Ciudad de México, Ediciones
de la Paz/El Equilibrista, 2025,
436 pp.

Cuando Octavio Paz volvió a México, en septiembre de 1953, fue bien recibido por sus amigos, entre ellos por el coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y director de la mejor época de su revista, Jaime García Terrés, quien lo invitó a varias actividades y en noviembre le dedicó un fragmento de su columna —“La feria de los días”—, donde comentó que la conferencia de Paz sobre “Poesía y poema” había sido “uno de los acontecimientos más relevantes de la vida artística en México”. Alabó también el ciclo de conferencias de Max Aub sobre la “Poesía española contemporánea” y, finalmente, narró que, desde su regreso, todas las mañanas el poeta recorría

avenida Juárez visitando librerías. En una de ellas había solicitado un libro de 1948 que no tenían y entonces le ofrecieron las últimas novedades. “Octavio confesó cabizbajo: ‘Para mí todo es novedad, tras un alejamiento de diez años’. Y entonces al dependiente se le iluminó la cara: ‘En tal caso, es indispensable que conozca estos ensayos de Cosío Villegas. Y esto, de Martín Luis Guzmán. Y también (y aquí le mostró a su desconcertado interlocutor sendos ejemplares de *El laberinto de la soledad* y de *Libertad bajo palabra*) a este poeta, Octavio Paz, que dicen que es bastante bueno.”

Cinco años más tarde, y después de la experiencia de Poesía en Voz Alta, efectuada también en la UNAM, Paz sería llamado por Max Aub para una nueva aventura: un programa de radio que se tituló: *Algunos poetas franceses del siglo xx. Una antología caprichosa* y cuyos once programas se transmitieron por XEUN, Radio Universidad Nacional, entre el 20 de junio y el 22 de agosto de 1958. La antología muy probablemente fue preparada —conjetura Guillermo Sheridan— por Paz, claro, pero también por el actor Pierre Comte, quien vivió una temporada en México, y por Jean-Clarence Lambert,

de paso en el país, y quien quizá recomendó a Comte con Paz, cuando debió volver a Francia. En la cabina acompañaron a Paz el propio Comte, el locutor —quien leía los parlamentos de Comte— y, en el transcurso de las emisiones, participaron también Juan José Gurrola, Pina Pellicer y hasta Helena Paz Garro, en una fugaz intervención.

La realización de estos programas habrá emocionado a Paz, aunque nunca la recordó con especial énfasis, nos dice Sheridan en el prólogo, donde revisa minuciosa, pero ágilmente, la relación de Paz con los medios de comunicación durante toda su vida: de la radio a la televisión, al *computer*. El programa era la oportunidad de sacar “de las catacumbas” a la poesía mediante su inserción en la radio, pues pensaba que aquella —le escribió a Max Aub en 1961— “se deformará y dispersará y reunirá la voz humana, sé que volverá a estar ligada a las experiencias de la música, la electrónica principalmente y sus nuevos mundos sonoros”, pero también de poner en práctica otra tarea creadora que obliga al ejercicio de la imaginación: el escucha, dijo Paz en 1997, “inventa una voz” pues “todos, al leer

un poema, lo leemos en voz alta, aunque no se oiga un ruido, pero es una voz *imaginaria* la que habla”.

Los poetas incluidos en esos programas fueron, en este orden, Guillaume Apollinaire, Paul Éluard, Henri Michaux, Robert Desnos, André Breton, Saint-John Perse, Jules Supervielle, Germain Nouveau, Pierre Reverdy, Pierre Jean Jouve y Benjamin Péret. Pero este libro no contiene solo la transcripción, ya de por sí valiosa, de los programas que fueron recuperados por Ángel Gilberto Adame y que, afortunadamente, podemos escuchar gracias a que en el mismo libro se incluye un código QR que nos dirige a las grabaciones originales. El trabajo de los editores es una muestra de rigor académico, pero también de entusiasmo y de algo que hemos olvidado: la pasión por la poesía y su historia; la idea de que la literatura es, como los programas mismos, una charla entre amigos. Al leer, nos sentimos testigos –y, ¿por qué no?, partícipes también– de una muy larga conversación. A las bromas o comentarios de Paz y sus acompañantes, responden Bradu y Sheridan, y nosotros *inventamos* aquellas voces *imaginarias* y también conversamos.

Se acompaña la transcripción de los poemas en la versión que fue leída, pero también se incluyen traducciones importantes –de Jorge Carrera Andrade, Villaurrutia, José Luis Rivas, Ulalume González de León o el propio Octavio Paz–. Leemos además las versiones de los editores que en una ocasión prosifican meritoriamente un poema –“lo que es una forma de claudicar ante los paródicamente suntuosos alejandrinos del original” de Robert Desnos– y critican varias de las versiones que se eligieron en 1958, incluidas algunas de Paz, escritas “sobre las rodillas” o una de Pierre Zekeli, cuya traducción de Nouveau les resultó deplorable, lo que obligó a Sheridan a retocarla (aunque se publican ambas versiones). Nos enteramos de esa versión fallida

en la nota que acompaña la transcripción, donde Bradu nos cuenta que Nouveau no aparece nunca en la obra ensayística de Paz, quien tampoco lo tradujo. Asimismo, Sheridan comenta su asombro por la presencia de este poeta en cuyo programa no estuvo Paz en la cabina, aunque sí se leyeron sus parlamentos, preparados previamente. “¿Habrá sido elegido por Comte?”, se pregunta, y este tipo de interrogaciones pueblan la sección “Después del programa”, donde se inscriben las nuevas traducciones y los editores establecen una charla sobre el texto, las historias que de allí nacen y el seguimiento puntual de la presencia de estos poetas en la obra y en la biografía de Paz y así conocemos chismes, cartas y problemas amorosos, políticos o literarios de los antologados.

La selección y los comentarios de Paz y Comte giran alrededor de un astro poderosísimo, aquel que, decía el poeta, “guardó intactos sus poderes de indignación moral” y “fue un foco secreto de pasión poética en nuestra época vil”: el surrealismo (aunque no todos los poetas incluidos hubieran sido surrealistas). También sabemos del momento político que aquellos vivieron pues Paz va dejando, aquí y allá, comentarios sobre el nazismo, el fascismo y el movimiento comunista, aunque de pronto advierte que no es propósito del programa recorrer los terrenos de la política, sino evocar a los autores.

No tan en el fondo, sin embargo, se trata de una antología de la poesía moderna, amorosa y erótica, francesa y por la acuciosa investigación podemos atisbar el momento emocional por el que pasaba Paz, deseo de volver a Francia para continuar su relación con Bona Tibertelli de Pisis, a quien le escribió en 1964 una carta que decía: “Cuando era chico, yo quería al mismo tiempo ser Rimbaud y Baudelaire, Michaux y Éluard, Garcilaso y Blake, Novalis y no sé quién más. Quería parecerme a lo que amaba.”

Aunque Sheridan explica que los poemas seleccionados por Paz “apuntan a un momento central de su vida (su anhelada unión con Bona)”, no dejo de pensar que, como en todo poeta verdadero, en las palabras de Paz encontramos no solo su pasado o presente, sino, también, el augurio de su futuro. Presagio de su reencuentro, varios años más tarde, con Marie José Tramini –aquella “muchacha / detenida / sobre un precipicio de miradas” entre la calle Montalembert y la Rue du Bac–, al comentar el sistema de “correspondencias insólitas” de Breton, parece dar fe de la naturaleza vidente del poeta que anticipa momentos esenciales de su vida sin siquiera imaginarlo: “Salimos un día de casa y de pronto, al doblar una esquina, encontramos un rostro, una presencia: ¿suerte?, más bien, *azar objetivo*. El deseo tiende un puente colgante entre el sueño y la vigilia donde está ella esperándonos.” Y al leer sus palabras me asalta el recuerdo de aquel “puente colgante de once sílabas” que, en *Pasado en claro*, conducía a Paz de un cuento a otro. Pero estas son solo algunas de las muchas resonancias que yo imagino al leer esta *Antología caprichosa*, cuyas secciones más memorables –por los programas mismos, pero también por los comentarios de los editores– son, al menos para mí, las dedicadas a Apollinaire, Breton, Michaux y Péret.

El epílogo del libro, obra de Fabienne Bradu, nos habla de la revelación que se produce al *escuchar* la lectura de la poesía, pero también de la conmovedora experiencia de volver a oír la voz de Paz leyendo poemas. Al término de esta ruta, uno puede o quiere creer que, como decía nuestro poeta de Breton, “cuando la gritería y la cháchara que hoy nos ensordecen se haya disipado, su palabra volverá a ser oída”.

Esa esperanza me lleva a otra, vislumbrada en la “Nota a la edición”. Allí podemos leer: “procuramos reivindicar la *charla*, la hospitalaria

causerie que la vengativa ‘teoría’ ha tratado de expulsar de la lectura y sus deleites”. Esta *Antología caprichosa* cumplió con su propósito sobradamente. ~

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Manual para el crítico literario en emergencias* (Universidad Veracruzana/El Equilibrista, 2024).

MEMORIAS

El recuerdo vivo de Miguel León-Portilla

por **Rodrigo Martínez Baracs**



Miguel León-Portilla
SOY MI MEMORIA
Ciudad de México, El Colegio Nacional/UNAM/Universidad Iberoamericana/Academia Mexicana de la Lengua/Academia Mexicana de la Historia, 2026, VIII + 334 pp.

En sus últimos años, el longevo y prolífico Miguel León-Portilla (1926-2019) fue teniendo dificultades para caminar y para ver, pero esto no afectó su impetuosa actividad intelectual y académica, pues con el apoyo de su esposa Ascensión Hernández Triviño, Chonita, y del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, a través de varios ayudantes, pudo seguir escribiendo libros, artículos, reseñas, prólogos, cartas, correos electrónicos, dictándolos, y dar por video e internet amenas, informadas e inteligentes conferencias. Dejó listos varios libros antes de fallecer: *Erótica náhuatl*, *Teatro náhuatl*, una edición del *Popol Vuh* (en la segunda traducción del quiché realizada en 1715 por el dominico fray Francisco Ximénez), entre otros. Pero cuando don Miguel sintió las amenazas de sus males pulmonares, emprendió el dictado de sus *Memorias*, que completó en borrador y, antes de entrar al hospital por una segunda neumonía, le pidió a su

esposa Ascensión que las revisara y cuidara que no faltara nada ni nadie relevante. Don Miguel falleció en el hospital, y Ascensión, tras recuperarse de los meses de extenuante cuidado hospitalario, emprendió la tarea de publicación. Las *Memorias*, no obstante, tardaron más, su cuidado editorial requirió más trabajo, y es con alegría que las recibimos, siete años después de su fallecimiento, con el título evocador de *Soy mi memoria*, suerte de reformulación del *cogito* cartesiano, como: Recuerdo, luego existo, soy en la medida en que recuerdo y me recuerdo, y dejo de ser en la medida en la que dejo de recordar, pero soy y perduro cuando mis memorias son leídas.

Al dictarlas en sus últimos años, don Miguel no se libró a un esparcimiento sentimental, sino que pensó y dictó, consciente de su indudable interés, un libro con dieciocho capítulos, un comienzo y un fin, con su sonriente “Adiós al lector”, que es un “A Dios”, Dios identificado con el *logos*, palabra y pensamiento, en el Evangelio de San Juan, que don Miguel cita en griego, y exclama: “A ese *logos* invoco desde el fondo de mi alma. Con él quiero estar, con él quiero morir.” Así se despidió del lector, con una amabilidad conmovedora, poco antes de ser llevado por última vez al hospital: “Al lector que me ha seguido hasta aquí en estas *Memorias*, le agradezco su compañía y le digo, con esa expresión tan antigua como verdadera, adiós, en la que implícitamente se entiende el complemento ‘te encomiendo’. / Una vez más, adiós, querido lector.” A Dios: al *logos*, a la palabra y al pensamiento te encomiendo. Y al cerrar el libro de memorias de don Miguel, nos quedamos con la grata sensación de que es tal vez el mejor de sus libros, el que abarca más, el más entrañable.

Soy mi memoria cuenta varias cosas sobre las que se sabía poco, como sus nueve años de estudios en seminarios jesuitas en Estados Unidos y México, en los cuales recibió una muy sólida

educación en ciencias, filosofía, religión, literatura, griego y latín. Y don Miguel nos cuenta la razón por la cual no publicó ni se conoce su tesis de maestría en filosofía sobre el libro de Henri Bergson *Las dos fuentes de la moral y la religión*. En estas páginas nos enteramos de que la tesis fue escrita bajo la influencia de un maestro jesuita de mente cerrada, al que se sometió don Miguel, creo que por última vez en su vida. León-Portilla acabó quemando la tesis, se retiró de la Compañía de Jesús y regresó a México.

Su temprana inclinación por las culturas del México antiguo está presente en la obra de teatro que escribió antes de volver, *La huída de Quetzalcóatl*, ejemplo de su asimilación del teatro griego en griego y de su interés por los temas filosóficos. El tío de don Miguel era el gran arqueólogo mexicano Manuel Gamio, quien había aplicado la búsqueda de una investigación y aproximación integral en los cinco tomos de su *La población del Valle de Teotihuacán* (1922), que llevó al niño y joven Miguel a instructivos paseos. También lo puso en contacto con el padre Ángel María Garibay K., el gran estudioso y traductor de la literatura náhuatl, cuyos libros inspiraron el deseo de Miguel de estudiar las ideas filosóficas de los antiguos mexicanos. Ya conocemos la historia: el padre Garibay puso a don Miguel a aprender la lengua náhuatl y comenzó una larga y fructífera relación que dio lugar en 1957 al Seminario de Cultura Náhuatl en la UNAM, a la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, que comenzó en 1959 y sigue viva, al libro *Visión de los vencidos*, también de 1959, con las traducciones de Garibay de los textos en náhuatl sobre la toma de la ciudad de México, editadas y comentadas por don Miguel.

Don Miguel no le da mucha relevancia al contenido de sus libros y publicaciones, confiado tal vez en el poder de su lectura. Y ciertamente las menciones respectivas nos animan a la lectura o relectura de varios

de sus libros. Pero lo valioso de estas *Memorias* es que abundan en las menos conocidas realizaciones de León-Portilla como funcionario cultural, que van en el mismo sentido que sus investigaciones históricas académicas: estudiar y difundir el aporte de la lengua y la cultura de los indios a la historia de México.

De regreso al país, tras sus nueve años de estudios jesuíticos, don Miguel se integró a trabajar en el Instituto Indigenista Interamericano que dirigía su tío Manuel Gamio, quien le encargó hacer el Índice del *Boletín Indigenista* y de la revista *América Indígena* del Instituto, de enorme valor, y allí continuó trabajando don Miguel hasta que sucedió a Gamio en la dirección, y realizó un trabajo muy activo viajando a todos los países miembros, incluyendo los Estados Unidos, para que aumentaran sus cuotas. Al mismo tiempo, don Miguel escribía su tesis sobre *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, con la que se recibiría en la UNAM, bajo la dirección del padre Garibay, y con él entró en 1957 al Instituto de Historia de la UNAM, que pronto llegó a dirigir, sin dejar por ello de ser director del Instituto Indigenista Interamericano. Y precisamente entonces don Miguel recibió la encomienda adicional de organizar como secretario general el XXXV Congreso Internacional de Americanistas, presidido por Ignacio Bernal, que se celebró en México en 1962. Los logros del Congreso se plasmaron en los tres riquísimos tomos publicados en 1964. Un logro menos conocido de don Miguel fue la decisión que tomó el pleno del Congreso de solicitar al presidente de México, Adolfo López Mateos, la construcción de un nuevo Museo Nacional de Antropología, que el presidente aceptó apoyar, a condición de que se inaugurara antes del fin de su sexenio en 1964, lo cual efectivamente sucedió, con la excelencia que conocemos. Don Miguel participó de varias maneras, como en la selección y la traducción

del náhuatl de las palabras que quedaron labradas en los bellos mármoles del museo, diseñado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez.

A partir del Instituto de Investigaciones Históricas don Miguel pudo realizar otras tareas importantes, como la fundación en la UNAM del Instituto de Investigaciones Antropológicas, que dirigiría Juan Comas, que no obtuvo el apoyo del rector Pablo González Casanova, debido a que este último consideraba que la antropología mexicana estaba en crisis, basado en recientes cuestionamientos universitarios al indigenismo oficial. El siguiente rector, Guillermo Soberón, le dio a don Miguel el apoyo que requería. Y desde el Instituto de Investigaciones Históricas don Miguel desarrolló su gusto por la Baja California, el descubrimiento del archivo de La Paz, la escritura de libros y estudios, y el apoyo para la fundación con la Universidad Autónoma de Baja California del Centro de Investigaciones Históricas, dirigido por David Piñera, quien sugirió establecerlo en Tijuana, por su cercanía con las universidades de San Diego y de Los Ángeles.

Soy mi memoria también cuenta el encargo que le hicieron en 1985 para organizar los festejos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. León-Portilla decidió primero no festejar sino conmemorar, y después, no hablar del “Descubrimiento de América” sino del “Encuentro de Dos Mundos”. Los historiadores Silvio Zavala y Edmundo O’Gorman se opusieron desde sus respectivas posiciones al cambio de nombre. Lo curioso fue que, más tarde en 1987, León-Portilla fue designado representante de México en la UNESCO, donde pudo proponer que se organizara la Conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Su propuesta obtuvo la aprobación de la mayoría, pese a las

objeciones iniciales de Dinamarca, que alegaba que los vikingos habían descubierto América siglos antes que los españoles, y de los países africanos, debido al aumento de la esclavización que trajo la colonización de América.

Se volvieron célebres las feroces embestidas de O’Gorman, quien tenía en su haber varias polémicas historiográficas con León-Portilla, quien comentó que lo peculiar era que O’Gorman coordinara nada menos que el tomo V, titulado “La fusión de dos culturas”, de la *Historia de México Salvat*, un proyecto en diez tomos que don Miguel coordinó en 1974. De esta y de tantas otras historias, personajes, documentos y libros, hubiésemos querido seguir platicando con don Miguel León-Portilla, que sigue vivo en nuestra memoria. ~

RODRIGO MARTÍNEZ BARACS es doctor en historia y etnohistoria por la ENAH. En 2025, la Academia Mexicana de la Lengua publicó su libro *El historiador Joaquín García Icazbalceta. I. Los años formativos (1825-1862)*.

NOVELA

Rusia como asunto de familia

por **Elios Mendieta**



Emmanuel Carrère

KOLJÓS

Traducción de Juan de Sola
Barcelona, Anagrama, 2026,
448 pp.

La llegada a librerías de *Una novela rusa*, en 2007, distanció al autor, Emmanuel Carrère, de su madre, Hélène Carrère d’Encausse, una de las grandes figuras de la intelectualidad gala de las últimas décadas, secretaria vitalicia de la Academia Francesa. Dos años después madre e hijo abrazaron una suerte de amnesia voluntaria por la que esa pieza literaria nunca habría visto la luz y retomaron las relaciones. Su vínculo se

volvió, según reconoce el escritor, más o menos afectuoso hasta la muerte de ella, ocurrida en 2023. Quizá hay que ver en la aparición de su último libro, *Koljós* –un retrato del linaje familiar de su madre, del modo en que esta conquistó la notoriedad en sus actividades académicas y, también, de la manera en que su hijo se relacionó con ella desde que era un crío hasta su muerte–, un intento de cerrar el sinsabor que aquel libro causó. Si bien la gran valía de *Koljós* es que este relato íntimo no se construye en forma de hagiografía, pues no busca suavizar el legado más triste o feroz de su madre, sino construir un lienzo justo y riguroso de una mujer tan brillante como polémica, muchas veces severa e impenetrable, descendiente de príncipes rusos y aristócratas georgianos, que mereció un funeral de Estado en el parisino patio de honor de los Inválidos.

Carrère d'Encausse fue una de las grandes especialistas en la Unión Soviética, y lo cierto es que en este libro todo pasa por este país ya inexistente o, mejor cabría decir, por Rusia y parte de los países que conforman el espacio postsoviético. Carrère reconstruye el linaje de su madre viajando hasta el siglo XIX, comentando tanto su ascendencia rusa aristócrata como la parte georgiana perteneciente a la rama paterna. Es en el país caucásico en el que nacieron Iósif Stalin o Lavrenti Beria donde también vio la luz Georges Zurabishvili en 1899. Este emigró a París en 1924, un año después se casó con Nathalie y en 1929 nació su hija Héléne. Llegada la Segunda Guerra Mundial, Georges se convirtió

en colaboracionista y se empleó como intérprete en un garaje que abastecía a la Wehrmacht. Liberado Burdeos, donde residía, tres miembros armados de los FTP (Francotiradores y Partisanos) se presentaron en su casa y se lo llevaron en septiembre de 1944. Nadie de la familia volvió a ver con vida al abuelo de Emmanuel y padre de Héléne. En la memoria de la futura historiadora quedó un trauma persistente, que poco antes de la muerte confesaba haber soñado con la vuelta de su padre. Carrère recuerda en *Koljós* la historia de su abuelo colaboracionista, que narró con mayor profundidad en *Una novela rusa*, lo que generó el cabreo de su madre.

No obstante, la Rusia contemporánea aún juega un papel más interesante que el imperio zarista o el periodo soviético. Carrère confiesa su obsesión con la guerra de Ucrania, su creciente rechazo a la idiosincrasia del país agresor, y recuerda cómo aquel 24 de febrero de 2022 en que se inició la invasión él viajó a Moscú para hacer un cameo en la adaptación cinematográfica de *Limónov*, una de sus mejores obras, aparecida en 2011. Un día antes, Héléne –Carrère no rebaja la admiración de su madre por Putin– aparecía en televisión como gran experta para recordar a los espectadores, no sin grandilocuencia, que el mandamás ruso era un hombre brutal, sí, pero ante todo razonable: “Miren, Putin no está loco, no va a invadir Ucrania.” Este error la persiguió, a pesar de haberlo admitido, y Carrère saca a relucir ciertas declaraciones de su madre en el contexto bélico que, como mínimo, muestran la ambigüedad en su pensamiento; por ejemplo, de Zelenski dirá que es “muy arrogante”. Otros pasajes también revelan la promiscuidad de la historiadora con sujetos de extrema derecha. Escribe Carrère que no le hace especial ilusión afirmar que su madre, a los veinte años, se codeaba con nostálgicos del *pétainismo* como Robert Brasillach y otros negacionistas, y menciona su deseo de que

Michel Houellebecq hubiese accedido a la Academia Francesa.

La cuestión rusa, ya sea en pasado o en presente, le permite al escritor establecer un juego de espejos deformados con su madre que va más allá de la guerra. Ella se deja seducir por el poder que pervive en la belleza y grandeza de Moscú o San Petersburgo, mientras que a él le interesa la *glubinka*, la Rusia profunda, aquello que queda lejos de los centros urbanos principales. Carrère d'Encausse se dedica a redactar grandes y reconocidos estudios académicos, mientras que el hijo se apoltrona (verbo utilizado por la propia historiadora) en el “yo”, y se rebaja a lo banal y lo superfluo en su literatura.

En la no ficción contemporánea, y Emmanuel Carrère es uno de los autores más representativos y exitosos de esta tendencia, la memoria familiar es un tema destacadísimo. En sus textos, los autores no solo investigan y narran, sino que se preguntan cuál es la mejor manera de lidiar con una parte dolorosa del pasado filiativo; cómo hacer el menor daño posible a otros familiares sin renunciar a contar: preocupación que podemos encontrar recientemente en *El monarca de las sombras*, de Javier Cercas; en *Mi padre alemán*, de Ricardo Dudda; *No os recuerdo*, de Laura Alzola; o *La estrategia del koala*, de David Roas, por citar tan solo unos ejemplos recientes. Y, claro, esto está en el centro del último trabajo del parisino: al final cree que su madre le habría “permitido” escribir este libro, aunque no le habría gustado todo lo que en él se relata.

Son más los puntos de interés que podemos encontrar en este libro galardonado con el Prix Médicis y finalista en el Goncourt. Las digresiones sobre literatura y política, sin salirse del mundo ruso, son muy singulares, como el relato de la disputa entre occidentalistas y eslavófilos con Dostoievski y su simulacro de ejecución como modelo de reflexión; o esa ironía corrosiva tan típica de



El descaro generalizado

por Jazmín Rincón



Renata Salecl
MALEDUCADOS
Traducción de
Florencia Ferre
Buenos Aires, Ediciones
Godot, 2025, 160 pp.

*Cuanto más aislados están los
hombres más se parecen,
cuanto más se parecen más se detestan
y cuanto más se detestan más se aíslan.*
Tiqqun, *Teoría del Bloom*

Cada vez que uno regresa a la Ciudad de México después de estar en algún país europeo reencuentra algo tan bueno, o incluso mejor, que los tacos al pastor: la buena educación. Es algo que salta a la vista. Nada más subirte a un *pesero* recibes los buenos días y cuando te bajas algo así como un “servidos, señores”. Curiosamente, esa buena educación viene casi siempre de aquellos que apenas han recibido educación ilustrada: la señora del mercado, el barrendero, el conductor del transporte público o el mendigo que te bendice. Esos que Renata Salecl, filósofa, socióloga y teórica jurídica europea, olvida casi por completo en su muy vigente libro *Maleducados*. Típico error de teórico que habla de la actualidad como si fuese solo una (la suya, claro está), mientras el resto del mundo, una inmensa mayoría de pueblos que desconocemos, quedan relegados a las tragedias y barbaridades que los medios de desinformación masiva nos cuentan. Para bien y para mal, estamos frente a un libro hecho de columnas sueltas y reescritas, así que es normal que deje unas cuantas excepciones en el tintero.

Maleducados, sin embargo, merece nuestra atención por varias razones. Primero, porque es inevitable

Carrère, con la que ataca, por ejemplo, al chovinismo de mayo de 1968 frente a la valentía de los checoslovacos ese mismo año: “La Primavera de Praga duró seis meses. El 28 de agosto de 1968, los tanques del Pacto de Varsovia entraron en Checoslovaquia y aplastaron esa rebelión (la de los estudiantes franceses se había dispersado por las vacaciones).” También es cierto que la primera parte del libro puede ser tediosa en varios epígrafes ante tanta incursión en el vasto linaje de la madre.

Pero la parte de mayor ternura la deja Carrère para las cincuenta páginas finales. Es bellissimo el modo en que narra —y, por lo tanto, el homenaje implícito que hay en ello— el adiós a su madre: su entereza, sin renunciar a su forma de ser ni en los últimos instantes. Pero en esta no renuncia también queda implícito lo que Carrère señala como el pasaje más triste de todo el libro: Hélène se despidió obligada y sin cariño de su marido, Louis Carrère, con el que estuvo setenta años. La felicidad en pareja de ambos duró dos décadas y, desde entonces, el padre de Emmanuel fue un molesto fantasma para su mujer. Falleció cinco meses después que Hélène, y quien sí se despidió de una forma muy afectuosa de Louis es su hijo Emmanuel, en las últimas páginas, otorgándole esa luz que su mujer le negó, ya que siempre vivió a la sombra de la gran historiadora: “Mi madre es la protagonista de esta larga historia, pero es él, en secreto, desde el fondo de su despacho oscuro forrado de tela verde botella quien me la ha dictado.” Carrère ha escrito su libro más íntimo gracias a los archivos, fotografías y documentos que su padre conservó de su madre y de su árbol genealógico, ya que Louis fue siempre, en la sombra, un hombre enamorado. ~

ELIOS MENDIETA es escritor y profesor universitario. Su libro más reciente es *Memoria y guerra civil en la obra de Jorge Semprún* (Guillermo Escolar, 2023).

no leer tan acertado título como algo que nos incumbe. Me refiero a que el libro únicamente se puede entender porque habla de *nosotros*. El estilo global de Trump, que consiste en ostentar sin vergüenza alguna su desprecio hacia los otros, solo es un epítome del descaro general que se vive en este capitalismo tardío. No olvidemos que, así como los poderosos bombardean impunemente países exangües, los consumidores medios cancelan a cualquiera que no sea nadie importante o que haya caído del lado del Mal. El escenario neoliberal, profundamente americanizado, que Salecl describe desde la Europa socialdemócrata, ciertamente no es del todo alentador: individualismo, explotación laboral, depresión, miedo... Lo que la psicoanalista francesa Colette Soler llamó *narcinismo* aparece en estas páginas como el pegamento global que une a la clase media “aspiracional” con sus líderes, sean políticos, artistas, *influencers* o expertos de todo tipo. Un ensimismamiento en red que amenaza la vida misma al tiempo



que, paradójicamente, le otorga una aparente coherencia al mundo. Seas quien seas, si todo es sentido e interpretación, si las agendas están repletas y el tiempo libre se utiliza para reafirmarnos, ¿cómo la informalidad, la desatención, la mala educación no van a ser una constante? De hecho, ser arrogante, impaciente y tener ambiciones desmedidas, nos dice Salecl, es hoy en día señal de éxito, algo que enorgullece al ciudadano medio. Igual que no contestar el teléfono, tardar mucho en responder un correo electrónico o simplemente ignorarlo. Esto hace que el empleado medio se sienta, de algún modo, un jefe. O que, al ser fácilmente reemplazable, termine haciendo lo mismo con un amigo, un ligue o una pareja. Optimizar, se decía antes en Tinder: no perder demasiado tiempo en pasar de un *match* a otro.

Si la palabra *amable* comparte la misma etimología que la palabra *amante* es porque, para tener un detalle con alguien o ser hospitalario con opiniones ajenas y radicalmente distintas a las que uno profesa, más que una buena educación, con títulos y premios incluidos, es necesario dirigirnos al otro a partir de algo que nos falta, que no concuerda, que falla. Más que ser correcto se trata de la capacidad de generar una atmósfera de encuentro. Podríamos incluso decir que la amabilidad es la antesala del amor. Como decía Roland Barthes en su precioso ensayo *Fragmentos de un discurso amoroso*: “El gesto amoroso es un suplemento de lenguaje, algo que actúa allí donde la palabra no puede decirlo todo.” Y no poder decirlo todo nos obliga a atender la presencia analógica, la escritura del cuerpo y el tono de la voz que pone en duda tantos supuestos saberes. Nos obliga a hacernos cargo de lo que decimos, a jugar con ello, a poner en riesgo nuestras palabras. Es posible entonces que la mala educación, que Salecl va desgajando en cada aspecto de la vida moderna, sea *estructural*, un producto de una sociedad profundamente revisionista que no

soporta la espontaneidad, el inconsciente, el vacío que constituye la fuerza del lenguaje; de un sueño, del amor que, según Cortázar, es como un *rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio*.

Todo lo que hoy nos divide en dos o es inútil debe esconderse con vergüenza o enlazarse al éxito multitudinario para que quede absuelto o neutralizado. Pensemos en la pobreza, lo indígena, la mística, lo latino... solo funcionan en la maquinaria neoliberal cuando se transforman en un *show* lucrativo y adoptan un diseño *trendy*. También la desgracia, la marginalidad, la vulnerabilidad o la condición de víctima: lo que vende es su conversión en *concepto*, como bien señala Salecl, su imagen enganchada a un reconocimiento con sellos. La amabilidad, en cambio, te exilia de la seguridad que otorgan los protocolos. Si un empleado público en Europa decide saltarse las reglas y hace una excepción contigo, porque tu desesperación lo ha conmovido, te habrá salvado la vida, pero probablemente ni el Estado ni su actual franquicia, la *doxa* social, se lo perdonarán. Un acto semejante lo expone además a que el favorecido vaya a creer que él que lo atendió desea algo de él... ¡Vaya escándalo! En resumidas cuentas, en un mundo donde las estrategias identitarias priman, la buena educación puede irse directamente al vertedero de la historia. Pero no solo eso, lo que Hannah Arendt describió como *banalidad del mal* significa también que el siguiente en torturarte ni siquiera será un gran malvado tipo Netanyahu, sino un funcionario cualquiera.

Es curioso cómo, a pesar del profundo malestar que describe en el corazón del mal llamado “primer mundo”, la autora no deja de caer en tantos lugares comunes. Los malos son Trump y Orbán; nunca Obama, Kaja Kallas o Pedro Sánchez. Como si el liberalismo no tuviese nada que ver con esas formas de control absoluto que ella describe. También llega

a cantar aquella vieja canción de que es imposible practicar el psicoanálisis en regímenes totalitarios. La ironía es que actualmente uno de los más graves asedios al psicoanálisis no se está dando en Venezuela o en Cuba, sino en la Francia de Macron. Porque si hay algo profundamente rechazado en este fanatismo secular del mundo moderno, que se analiza con detalle a lo largo de *Maleducados*, no son los derechos humanos con los que los políticos llenan sus discursos una y otra vez, sino lo que Freud llamó el *inconsciente*. La misma Salecl pone en cuestión que podamos aún hablar de democracias en Europa si nada parecido a lo real existe. Y aquí vuelvo a México y a la resignada amabilidad de los hijos de las tradiciones anteriores al auge de la Ilustración, aquellos desheredados de los que hablaba François Cheng, amigo de Lacan, más pegados al sufrimiento, a los duelos y, por lo mismo, a los sabores inauditos del azar que a cualquier forma de estratégico nihilismo.*

Hace unos días una artista española me contó que, cuando daba clases en la universidad, todos los viernes saliendo del trabajo se iba a un cine de Madrid donde su marido la esperaba con unos bocadillos para acompañar las películas que veían cada semana, religiosamente. Un día su marido falleció, súbitamente. Meses después volvió al cine donde, al enterarse del deceso, la mujer de la taquilla paró la venta de entradas para llamar al resto de los empleados, que la fueron

* “Vengo de lo que antaño se llamaba el ‘tercer mundo’. Entonces formábamos la tribu de los condenados, de los eternos cuerpo y corazón rotos, portadores de sufrimiento y de duelos, tan poco consentidos que la menor migaja de vida era recibida por nosotros como un don inesperado. Como desheredados que éramos, teníamos motivos para profesar un amor infinito a la vida, ya que de la existencia habíamos bebido toda el agua amarga, pero también habíamos probado, alguna vez, sabores inauditos. Nosotros, pues, que rechazamos cualquier forma de nihilismo, decimos sí al orden de la vida” (François Cheng, en *Meditaciones sobre la belleza y la muerte*, Madrid, Siruela, 2025, p. 138).

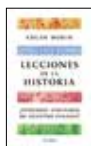
abrazando uno por uno. El encargado del cine también salió y quedó tan consternado con la noticia que le dijo que a partir de entonces podía entrar gratis al cine cuando quisiese. Eran los finales de los noventa y lo que más me gustó de esta emotiva anécdota fue su final: “En ese momento sentí que la humanidad volvía a nacer de nuevo”, me aseguró. Efectivamente, la grosería generalizada de la que habla la autora de *Maleducados* es el primer tramo de la muerte de lo humano, un síntoma de no poder perdonarnos quizá todo lo que no hemos dejado que ocurra entre nosotros. ~

JAZMÍN RINCÓN estudió en la Escuela de Artes de Utrecht (HKU), en Holanda. Es doctora en historia del arte (UNAM) y psicoanalista.

ENSAYO

Homo demens

por **Fernando García Ramírez**



Edgar Morin
LECCIONES DE LA
HISTORIA. ¿PODEMOS
APRENDER DE NUESTRO
PASADO?
Traducción de
Juan Vivanco Gefaell
Madrid, Taurus, 2025,
136 pp.

Se supone que aprendemos del pasado. Se supone que sabemos que el que no conoce la Historia está condenado a repetirla. Sabemos estas cosas y muchas más y una y otra vez volvemos a tropezar con las mismas piedras, o con otras muy parecidas. No aprendemos, somos humanos, falibles, dados a creer en fantasías, en ideologías y mitos. Sabemos, por ejemplo, que la Historia no sigue un guion preestablecido, que no existen las leyes históricas, que el camino está lleno de imprevistos, de desviaciones e incluso de regresiones. El camino de la marcha humana. No vamos “hacia adelante”. ¿Qué es “adelante”? ¿Un lugar sin hambre, sin enfermedades, sin sufrimiento?

Ese lugar no existe y sin embargo caminamos hacia allá confiados, fingimos no estar extraviados, creemos que la brújula del progreso nos orienta. No nos gusta pensar que la Tierra gira en el espacio a gran velocidad hacia ninguna parte. Debemos dirigirnos hacia algún lado, de otro modo ¿para qué pago la hipoteca? ¿Para qué me sacrifico y ahorro? En medio de este desconcierto lo más sensato es voltear hacia los más sabios e interrogarlos.

Tengo frente a mí a uno de los más sabios, un hombre de ciento cuatro años que lo ha visto todo. Cuando nació (en París, en 1921) su apellido era Nahoum, que luego cambió a Morin. Estudió derecho, filosofía, sociología y ciencias políticas. Se interesó en la ciencia y la historia. Le gusta hablar de su identidad plural y del pensamiento complejo. Proviene de una familia judía sefardí. Es culturalmente europeo. Su libro más reciente, culminación de una amplia bibliografía, lo tituló *Lecciones de la Historia*. Si fuéramos sensatos acudiríamos a él cargados de preguntas en busca de algunas respuestas. Pero lo que dice incomoda. Su sabiduría es inquietante. Habla de la Historia. Ha sido testigo de muchas guerras y tratados de paz. Ha estudiado una enorme multitud de teorías. Y nos dice: lo que la Historia muestra es orden y desorden, determinismo y azar. La Historia es reveladora del genio y la estupidez. El progreso material no va acompañado del progreso moral. La Historia arroja luz sobre la naturaleza del hombre, una mezcla de razón y locura, de técnica y mito, de civilización y barbarie. No nos guía solo la razón, también la imaginación, el mito y la religión. Lo que podemos esperar del futuro es lo inesperado.

Tiene Edgar Morin ciento cuatro años, es anciano y sabio. Es anciano en un tiempo, el nuestro, que desprecia a los viejos. En las redes sociales es uno de los insultos más

socorridos. Nadie quiere envejecer, hay una industria cosmética multimillonaria que vive de ese anhelo, abundan los gimnasios, las dietas saludables, las arrugas se viven como tragedias. Probablemente se estigmatiza la vejez porque nunca como ahora la vida se ha prolongado tanto. Antes la gente moría más joven y dejaba el espacio a las nuevas generaciones. Ahora los viejos quieren seguir activos, trabajando, escribiendo. Lo que cabe entonces es el insulto: ¡viejo! Adolfo Bioy Casares inventó una novela en la que, sin razón mediante, los jóvenes se dedican a cazar a los viejos y los apalean hasta la muerte. Los viejos se esconden. Es el *Diario de la guerra del cerdo*. Aun no llegamos a tanto. Una élite tecnocrática californiana ha lanzado con éxito la idea de que la técnica y el progreso pueden depararnos un futuro promisorio. Su ideología promete inmortalidad, “una sociedad perfecta regulada por la inteligencia artificial y la continuación de la aventura humana en planetas colonizados”. El transhumanismo ha devenido en poshumanismo. Ese futuro, claro, no es para todos, habrá que eliminar a gran parte de la humanidad o permitir que siga vegetando en un mundo contaminado y gris. El progreso, señala Edgar Morin, “lleva en sí mismo una mancha oscura o un agujero negro”.

Esto no es algo nuevo. En la antigüedad remota los hombres inventaron la flecha y la lanza para cazar, pero muy pronto utilizaron esos instrumentos para hacer la guerra a sus semejantes. “*Homo faber* trabajó para *homo demens*”, sentencia Morin. Más tarde dejaron atrás el nomadismo, se hicieron sedentarios e inventaron la agricultura. Las cosechas acumuladas fueron asediadas por los nómadas depredadores. Para protegerse consintieron que hombres armados los cuidaran pero no tardaron en ser sometidos por ellos. Así surgieron los jefes poderosos, algunas

veces estos pueden ser creadores o transformadores, “pero otras veces pueden ser mitómanos o megalómanos”. El poder, dice Edgar Morin, “propicia la venganza y las matanzas, pero también la magnanimidad y el perdón”.

La ciencia y el progreso, panaceas positivistas, se ven ahora como fuentes de graves desequilibrios ecológicos. La ciencia y la técnica se usan para fabricar armas más letales y

sofisticados mecanismos de espionaje y control. Nada indica que el hombre hoy sea mejor que hace 5 mil años.

¿Podemos aprender de nuestro pasado?, se pregunta Morin desde el subtítulo de su libro. Por lo que se ve, no. Seguimos dominados por las ideologías, la violencia y la guerra, que parecen horizontes permanentes. La democracia ha perdido fuelle y su lugar lo ocupa un autoritarismo

descarado por el cual la gente vota. “Asimilé –nos dice Morin– la idea de Adorno y Horkheimer de que la razón podía ser el instrumento de una actividad no solo irracional sino también demente.”

Las ideas pueden ser tan poderosas y nocivas como los dioses más sanguinarios. Una idea noble, como el comunismo, derivó en la muerte de decenas de millones de personas. La opresión y la guerra parecen ser

LIBRO DEL MES

ECONOMÍA Y POLÍTICA

Cómo llegamos aquí

por José I. Casar



Ciro Murayama
EL FUTURO QUE SE ESCAPA.
NEOLIBERALISMO Y POPULISMO
EN EL MÉXICO DEL SIGLO XXI
Ciudad de México, Ariel, 2025,
312 pp.

En *El futuro que se escapa*, Ciro Murayama acomete una tarea ambiciosa: dar cuenta de la evolución política y económica de México de los últimos veinticinco años. Lo hace desde una perspectiva que no se asume con frecuencia en los análisis académicos de la realidad mexicana: intenta establecer los puentes y los vasos comunicantes entre economía y política que son indispensables para entender ambas esferas de la vida nacional en un plano que trasciende los límites propios de cada disciplina. Aporta argumentos del ámbito de la economía para explicar la evolución política y argumentos vinculados a la política para contribuir a la comprensión de la economía. Este es un camino de reflexión –el de la verdadera economía política– que deberíamos seguir quienes nos ocupamos en pensar el desarrollo del país.

Al despuntar el siglo las perspectivas de México difícilmente podían ser más favorables. Se había recuperado la estabilidad macroeconómica y con la entrada en vigor del TLCAN el país se estaba convirtiendo en una potencia exportadora de manufacturas. Además, como señala Murayama, la demografía era particularmente conveniente, porque

había cada vez más personas en edad de trabajar y menos personas dependientes de aquellas. Y no solo en la economía soplaban vientos favorables: en el año 2000 asistíamos a la novedad democrática de la alternancia y el pluralismo.

Veinticinco años después el panorama, dice Murayama, es ominoso. La construcción democrática fue revertida y hemos llegado al punto “en que ya no prevalece un sistema constitucional democrático”. La economía en este cuarto de siglo de crecimiento mínimo ha sido incapaz de generar bienestar. El PIB por habitante apenas ha crecido en medio punto porcentual al año y eso gracias a que cada vez más mexicanos, como porcentaje de la población, trabajan. La desigualdad y la pobreza siguen marcando al país. La informalidad caracteriza a más de la mitad de las ocupaciones en el país –a pesar de la válvula de escape de la emigración– y la inseguridad campea en buena parte del territorio.

Murayama hace dos pertinentes advertencias. La primera es que los pobres resultados económicos y políticos no son atribuibles a agentes externos sino producto “de acciones y omisiones propias”. La segunda es que debemos evitar el maniqueísmo del debate actual, pues ni todo lo hecho por los gobiernos de uno u otro signo estuvo mal, ni podemos caer “en la celebración autocomplaciente”. Es necesario, entonces, un corte de caja de los aciertos, errores y omisiones de estas décadas.

Entre los logros del periodo se cuenta, sin lugar a duda, la llegada de la democracia y el pluralismo, hoy bajo asedio. Frente a quienes critican a la transición democrática por concebir a la democracia como una cuestión “meramente” electoral, Murayama nos advierte que la democratización no se agotó en ese terreno: “Se logró tener gobiernos democráticamente electos, pero también acotados en términos democráticos: con poderes legislativo y judicial no subordinados y nuevas instituciones autónomas –las electorales, pero también las encargadas de la protección no jurisdiccional de los derechos humanos, de la transparencia y el

inherentes al ser humano. El hombre creó a los dioses y en su nombre se han desatado guerras atroces, persecución de heterodoxos, inquisiciones y cruzadas. Creamos dioses creadores que nos destruyen. Se mata en nombre de dioses e ideas. La ciencia ayuda a vivir mejor y contribuye a destruir la naturaleza.

Son muchas y muy variadas las lecciones que pueden extraerse de este breve y sustancioso libro de Edgar

Morin. Apunto dos de ellas: “Se ha producido una especie de industrialización de la vida y se ha olvidado la afectividad, la felicidad, la desdicha, la alegría, la tristeza, es decir, las realidades humanas esenciales.” Y la segunda: “El progreso de la civilización occidental entraña un retroceso de las solidaridades y las comunidades y un aumento del egoísmo.”

No sabemos qué nos depara el futuro. El porvenir es incierto. La

nuestra sigue siendo la aventura humana. Y como tal, es riesgosa, impredecible, emocionante, fascinante y compleja.

El sabio Edgar Morin, a sus ciento cuatro años, con un libro cargado de viejas verdades, nos ha vuelto a sorprender. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Seleccionó y prologó el libro *Gabriel Zaid en Letras Libres* (Debate, 2025).

acceso a la información, entre otras—diseñadas para garantizar los derechos fundamentales y eliminar la discrecionalidad y el abuso del poder presidencial.” Apunta también que esto contribuyó a separar el gobierno del Estado y al partido oficial del gobierno, lo que, junto con la dependencia de los otros poderes frente al ejecutivo, estaba en la base del autoritarismo mexicano.

En la economía destacan dos logros de primera importancia. En primer lugar, el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica y, en segundo, el cambio estructural que permitió a México pasar de ser una economía cerrada y especializada en la exportación de materias primas a convertirse en una economía abierta y especializada en la exportación de productos industriales de cada vez mayor contenido tecnológico.

Pero frente a los aciertos pesaron más los errores y las omisiones. El cambio estructural en un contexto de estabilidad macroeconómica no alcanzó a detonar el crecimiento que esperaban los impulsores de las reformas estructurales. Esa falta de crecimiento impidió aprovechar el bono demográfico. La economía mexicana fue incapaz de incorporar a la creciente población en edad de trabajar a empleos con alta productividad y mejores salarios. La informalidad persistió y, en consecuencia, la productividad promedio se estancó y con ella el ingreso medio de los trabajadores. Ahí se encuentra buena parte de la explicación de la mala distribución del ingreso y de la pobreza.

La democratización, así, no se vio acompañada de niveles de bienestar crecientes a pesar de los modestos avances recientes. Como dice Murayama, “el neoliberalismo alejó a México del bienestar; el populismo destruyó la democracia constitucional. El neoliberalismo significó el fracaso social de la democracia; el populismo consumió el crimen autoritario contra la democracia”.

Los gobiernos de tres partidos con ideologías de origen distintas han mantenido la misma política económica. En

los tres casos persiste la idea de que la política macroeconómica es la correcta en tanto ha logrado mantener los equilibrios básicos. Murayama muestra cómo la forma específica que adoptó la política macroeconómica, con políticas fiscal y monetaria procíclicas, tiende a reducir el crecimiento. Pero también persiste una concepción general de la intervención del Estado que, salvo por la obsesión de este y el anterior gobierno con el sector energético, desdeña la política industrial. Esto implica renunciar a una política de inversión pública activa que genere condiciones de rentabilidad creciente para la inversión privada en los sectores que podrían detonar el desarrollo.

La baja inversión pública, que se encuentra en sus niveles más bajos históricamente, tiene su origen en la penuria fiscal del Estado. Con los niveles de ingresos públicos que tiene México es imposible invertir en infraestructura—social y económica—y al mismo tiempo mantener las finanzas públicas en orden. Como concluye el libro: “El principal problema económico de México, su bajo crecimiento, se debe a la renuncia política de incrementar los impuestos [...] Así puede decirse que el mayor problema económico del país tiene un origen político. A la vez, el deterioro del sistema democrático se nutrió del desencanto producido por los magros resultados económicos de dos décadas de vida democrática: el problema político tiene una raíz económica.”

Esperemos que la frase que da título al libro deje de ser cierta en el segundo cuarto del siglo. Que lo sea dependerá de lo que hagan los actores políticos, las élites económicas y la sociedad; para tener éxito, sin embargo, deberán abandonar los dogmas económicos y las prácticas populistas que bien ilustra Murayama. ~

JOSÉ I. CASAR es investigador del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo de la UNAM.